

¿PARA  
QUE  
SERVE  
UN  
TECNICO?

# EL CONFUSO ASUNTO DEL AREA METROPOLITANA DE BARCELONA

MANUEL VAZQUEZ MONTALBAN

**S**E ha hablado mucho sobre la llegada de los años propicios para los técnicos. En pleno crepúsculo de ideologías crepusculares (y que el señor Emilio Romero nos permita rizarle el rizo), la pregunta vuelve a tener su interés. En Hogarotel 1970 se ha montado un cursillo especial de **bricolage** para que las amas de casa tengan nociones fundamentales de lampistería, electricidad doméstica, ebanistería doméstica y una variada gama de tecnologías domesticadas. Pero mucho me temo que la cuestión no va por ahí. Creo muy sabido el para qué sirve un lampista, un electricista, un ebanista, insustituibles pese a la revolución cultural para estar por casa iniciada por Hogarotel, en una extraña aplicación del maolismo a la economía doméstica pequeño burguesa.

Me refería a otro técnico.

He refería al economista, al sociólogo no especulativo, al Ingeniero, etcétera, etcétera. En plena evolución acelerada de la educación era previsible que esta respuesta ya estuviera contestada. Se nos ha insistido muchas veces sobre el papel que ha jugado la Universidad en el desarrollo capitalista de los USA. Universidad (fábrica de técnicos), espíritu de iniciativa y materias primas, estarían detrás del ya largo «boom» americano. Europa, insisten los *servan-schreiberistas*, necesita un nivel competitivo tecnológico con los USA y con la URSS para poder tener vigencia propia. ¿España es Europa? ¿Sí? Geográficamente es posible. Históricamente, desde todos estos niveles, las cosas se complican mucho y no es el momento, ni muchísimo menos, para hacer *españolología*. Pero sí es el momento de analizar sin presupuestos de ninguna clase una de las características que dan carnet de identidad europeo. Me refiero al uso y abuso de los técnicos.

Cada año aumenta el número de matriculados en facultades-fábricas de técnicos. Miles de licenciados salen de la cálida placenta universitaria y se enfrentan cada octubre al problema de la lucha por la vida. Perdón. Al problema de la lucha por el desarrollo económico-social de España y el progresivo avance de cara a la Integración en el Mercado Común. Sin prisas, pero sin pausas, nuestros jóvenes técnicos traducen todo este planteamiento macro-filosófico al hecho real de ingresar quince, veinte, veinticinco mil pesetas mensuales. El problema empieza en ese momento. Nadie se explica cómo la verborrea vaya por un lado y la realidad por otro. Habría dicho Nabrija que la lengua es compañera del Imperio.

Porque la experiencia concreta de los técnicos al servicio de la investigación sobre una posible ordenación del Area Metropolitana de Barcelona es una prueba evidente no sólo de técnicos pagados a nivel portugués, sino además de

técnicos que al cabo de unos años de ejercer como tales no sólo se han visto obligados a cesar, sino que además no pueden contestar satisfactoriamente a la pregunta que nos viene motivando: ¿Para qué sirven los técnicos?

## Historia de una operación cultural

En 1953 aparece un plan de ordenación territorial de Barcelona y su comarca. Estaba en discusión la posibilidad de un desarrollo programado de la ciudad, que había de tener en cuenta factores objetivos de ese desarrollo (aumento de población, características del territorio, condicionamientos jurídicos, etcétera) y una serie de factores extras irreversibles: especulación del suelo, intereses creados en la valoración urbanística de las zonas implicadas en el desarrollo, etcétera, etcétera. En 1964 (estamos en la prehistoria tecnocrática del país) se creó una comisión de técnicos destinada a crear un plan de ordenación. Se trataba de cuadros frescos, recién salidos de la Universidad: economistas, arquitectos, ingenieros, abogados. Entre 1964 y 1966 esa comisión estudió el asunto y aportó una nueva percepción de la cuestión. Del concepto de ciudad-comarca se pasaba al de área metropolitana, en consonancia con la teoría de la ciudad-territorio.

El trabajo de este equipo fue condensado en 27 volúmenes que fueron muy bien recibidos. Era como un juguete nuevo que se podía enseñar como testimonio de un cambio en los procedimientos de trabajo y como una demostración de los progresos hechos en la racionalización de nuestro existir. Sin embargo, pronto se evidenció

que una cosa eran las conclusiones a que habían llegado los técnicos y otra su operancia sobre la realidad. Sus conclusiones eran incómodas, por cuanto seguir las representaba prescindir de tal cúmulo de intereses creados que el problema alcanzaba dimensiones de escándalo. Sin embargo, el plan estaba hecho, la opinión pública estaba sensibilizada y la relativa asepsia política que aun entonces se concedía a los problemas de técnicos y, sobre todo, a los problemas del urbanismo, permitió una aireación de la cuestión. Ya hay un plan, bien, ¿qué va a hacerse ahora con ese plan? ¿Qué requisitos son precisos para que del plan se deriven una serie de ejecuciones transformadoras de la realidad?

El plan parecía congelado o, mejor dicho, convertido en una bella estatua de mármol, monumento funerario a un delirio racionalista que para muchos empezaba a ser incómodo. Muchos comprendieron lo profundamente subversivo que puede ser la aplicación más aséptica del racionalismo y añoraron nuevamente aquellos tiempos en que las ciudades crecían gracias a los zahoris y a las propinas de fin de año. Pero un plan es un plan, una opinión pública es una opinión pública y unos técnicos son unos técnicos. ¿Qué hacer con todos estos ingredientes? La operación cultural había creado una fascinación por los trabajos racionales sobre programación del futuro que no merecía ser defraudada. De una opinión defraudada podía nacer el trauma de un rechazo hacia la magia del meta-lenguaje tecnocrático de imprevisibles consecuencias en el futuro. Era, pues, imprescindible por una parte mantener las primeras conclusiones dentro de su cor-

porización de monumento fúnebre y al mismo tiempo no desencantar a la opinión y poner un escalón más en la ascensión mística al reino teórico de la técnica.

Partiendo del hecho de que existían plan, técnicos y opinión, no podía surgir mejor solución que mantener la combinación de estos ingredientes y así se decidió la elaboración de un segundo plan, esta vez a partir de un Esquema Director, surgido de los trabajos realizados entre 1964 y 1966. Así, el 24 de julio de 1966, se aprobó el Plan Director del Area Metropolitana de Barcelona. Se creó un segundo equipo de técnicos (en el que participaban muchos del equipo anterior), que debían aplicarse a trabajar en dos fases diferenciadas: recogida y puesta al día de la información y planeación propiamente dicha. A comienzos de 1969, prácticamente había concluido la primera fase y se avelinaba la segunda. La autoclarificación entre los técnicos se acentuaba. Sus posibles conclusiones no iban a dar ningún resultado práctico y esto repercutía en la dirección del proyecto (técnicos designados por la Administración) y en los llamados técnicos de base.

El propio equipo director no acababa de encontrar una salida airada para la imposible amalgama utopía-realidad. Partían del principio evidente de que es imposible hacer urbanismo sin un juego posibilista con la Administración, pero topaban con el no menos evidente principio de que por encima de este juego posibilista estaban los intereses creados condicionados por un sistema económico. En pocos terrenos de la actividad nacional ha funcionado tan a sus anchas el principio del *laissez faire, laissez passer* como en el campo de la cons-

trucción y el urbanismo, hasta el punto de que los verdaderos ordenadores territoriales, los verdaderos programadores del desarrollo de las ciudades, son las empresas privadas y públicas llegadas al campo específico de la construcción o a otros sectores industriales interesados en esa expansión territorial.

El escepticismo del equipo director, la imposibilidad racional de unir utopía científica y realidad, se tradujo en una cadena de dimisiones que retrasaron los trabajos de planificación. La comisión de técnicos se había convertido en un problema. De ser un lujo cultural exhibido en el escaparate del «boom» español, pasaban a convertirse en una pesadilla.

## Nuevos procedimientos

Fue entonces cuando se designó a un delegado gubernativo para replantear lo hecho y plantear lo por hacer. Los técnicos, un tanto deformados por su vocación democrática de universitarios post-SEU, se aprestaron a contribuir a un establecimiento de la congruencia de su trabajo...: «... había un espíritu de confianza limitada, pero no agotada, sobre la posibilidad de efectuar un trabajo digno y eficaz si se solucionaban los dos problemas fundamentales; primero, el de la dirección técnica, y segundo, el de la coordinación entre los diferentes equipos. Este espíritu es el que presidió una carta colectiva al nuevo delegado al que se solicitaba una reunión con estos dos puntos como orden del día», declararon posteriormente algunos de dichos técnicos al periodista Rafael Prades. Veamos lo que decía y pedía su carta:

«Los técnicos de las oficinas del Área de Acción Inmediata y de Infraestructuras Generales del Área Metropolitana de Barcelona, que firman la presente carta, tienen interés en exponer y contrastar una serie de consideraciones sobre el planteamiento del Área Metropolitana de Barcelona.

A tal efecto solicitan de usted tenga a bien convocar una reunión de los técnicos de ambas oficinas junto con el Equipo Director y los Coordinadores, en la que se incluyan como temas de discusión los que constan en el documento adjunto y que constituyen problemas pendientes que dificultan la normal realización de los trabajos en curso:

1. **Orientación actual del planeamiento.**—Vigencia del Documento «Instrucciones para el

señalamiento de opciones territoriales», de septiembre del presente año.

2. **Coordinación con otros planes en curso.**—Plan del Consorcio Urbanístico del Maresme, Plan de Ordenación de la Comarca de Barcelona, Plan Provincial de Urbanismo.

3. **Coordinación de orden interno.**—Inexistencia de un equipo central, falta de una visión global del Plan y subsiguiente multiplicidad de criterios, falta de coordinación entre los diferentes equipos del Área Metropolitana de Barcelona».

La respuesta fue la siguiente:

«En relación con su carta del 15 de los corrientes, suscrita por usted y otros firmantes, lamento tenerles que contestar denegando la solicitud que presentan para convocar una reunión de los técnicos de las oficinas de esta Dirección, para discutir determinados asuntos con el Equipo Director y Coordinadores, cuya resolución es adoptada en razón a que la responsabilidad del Planeamiento y de la Coordinación a que aluden, corresponde exclusivamente a esta Dirección y a que la misión de los técnicos y personal adscrito temporalmente al trabajo que tienen señalado es la de seguir y atender cumplidamente las directrices e instrucciones que reciben de sus jefes, especialmente de los coordinadores, señores...».

A continuación fueron despedidos técnicos sin contrato. Algunos caricaban de él por su «pasado» uni-

versitario (los técnicos, pese a la asepsia aparente de su praxis, deben tener una reputación Intachable). Como respuesta a esta medida, que significó el despido de nueve profesionales, otros diez dimitieron solidarizándose. Y nuevamente la sensibilizada opinión pública jugó la mala pasada de enviar luz y taquígrafos al escenario de la tragicomedia.

## El respeto a las formas

Casi veinte técnicos desencantados han comprobado en la propia experiencia su inestabilidad como signo-función. Sería exagerado decir que ciertos técnicos están entre nosotros para adornar el pastel, pero lo cierto es que emplezan a concebirse inquietantes dudas sobre su verdadera función. Porque si la operación cultural de mantener a unos técnicos en el escaparate del racionalismo se hubiera hecho con cierta imaginación, el conflicto no hubiera surgido o se hubiera planteado en un momento más oportuno.

¡Qué hermoso hubiera sido que se hubiera transigido con la reunión por ellos solicitada y en torno a una mesa, en mangas de camisa (según la estación) y ante bebidas refrescantes de *cocafonía* previsible, se hubiera debatido a fondo la cuestión! ¡Qué oportunidad ha perdido el No-Do para un «fmgénes» demostrativo del «aggiornamento» tecnológico del país! Pero en lugar de esta claudicación estética se recurrió a un golpe de sable *ancien régime* y a sentar un principio de autoridad, a todas luces pretecnocrático. Es igualmente

criticable que se marginara a algunos profesionales por su reputación, pues de todos es sabido lo vistosos que son los técnicos con pasados morbosos y lo bien que quedan apenas entrevistados en las penumbras de los últimos pliegues de oficinas de metal y laminado.

Creemos que ha habido un desfase evidente entre la concesión formal de hacer ver que los técnicos eran necesarios para planificar algo y el procedimiento que se ha seguido en la escenificación del asunto. Para muchos de los que han pasado por la experiencia del área metropolitana, se revela que un plan debe dedicarse a legalizar lo que ya está hecho o, mejor dicho, a demostrar mediante silogismos la mismísima evidencia. Si se han cometido abusos y especulaciones, los planificadores deben trastocar el significado y el significante del hecho y convertirlo en algo perfectamente previsible y legitimado por el plan. No es que se recurra a ellos con un propósito mistificador. Es que, simplemente, a cualquiera le entran sudores cuando comprueba que una simple ordenación racional técnica ya echa por tierra tan complicados tinglados que topan con sistemas más totales y complicados.

En resumidas cuentas, un plan como al que ellos ocupaba, sólo requiere dos tipos de técnicos: abogados y delineantes. Los primeros, para que separen, identifiquen y traduzcan leyes y trampas. Los segundos, para que dibujen técnicamente lo que ya está dibujado con el dedo.

Tomen *buen* cuenta los programadores de la enseñanza. Nuestro urbanismo necesita abogados y delineantes. ■ M. V. M.

